
Los espacios marginales

Carlos Monsiváis

México, un país fundado sobre las exclusiones y consagrado a la desigualdad. En la síntesis histórica que exige el fin de milenio, y no sólo por razones fetichistas, toca el turno al examen riguroso de los criterios de inclusión y exclusión, tan determinantes en el empobrecimiento y el envilecimiento sistemáticos de la sociedad. Y en el repaso queda claro: a lo construido por la extrema violencia de la Conquista sucede la forja de la nación, maniobra encauzada por el clasismo, el racismo, el ánimo patriarcal y la exigencia de uniformidad. En la Nación creada, no caben los derechos de las mujeres, la existencia de lo diferente, el pensamiento “subversivo”, ni las libertades en materia de moral y vida cotidiana. Y pese a grandes esfuerzos —el de la Reforma liberal del siglo XIX; el de los revolucionarios “jacobinos”—, a la pluralidad se llega con lentitud pasmosa. Las guerras de Reforma y la Revolución impulsan la secularización, pero el aumento de la tolerancia depende más de la internacionalización cultural que de las acciones gubernamentales o de la apertura de criterio de la sociedad. Casi hasta nuestros días se rinde culto a la uniformidad a nombre de los poderes terrenales y celestiales.

Acátese y cúmplase: el monopolio de las creencias y el monopolio del poder político y el monopolio del poder económico y el monopolio de la conducta aplaudible se integran en un haz de voluntades tiránicas. ¿Cómo se margina a la mayoría de la población de un país, se le corta de los beneficios existentes y se le lleva a considerar natural o normal un destino atroz impuesto desde fuera? La nación independiente condena a los excluidos (casi todos) al infierno de la falta de respetabilidad y erige una versión tiránica de vida comunitaria, *La Sociedad*. Y en la zona desprovista del aprecio-que-sí-cuenta, se congregan los habitantes de la pobreza y la miseria, los disidentes religiosos, los disidentes políticos, los minusválidos, los alcohólicos, los homosexuales y, muy especialmente, los indígenas. Si bien entre estos sectores hay diferen-

cias extraordinarias, comparten rasgos primordiales, entre ellos el costo psíquico y físico por asumir la identidad asignada desde fuera, las dificultades para construir su propia historia, el esfuerzo continuo de adaptación al medio, las reminiscencias del "pecado original" que trae consigo la culpa de no corresponder a la norma.

En el caso de las mujeres, la marginalidad se acentúa y por lo menos se duplica. Desde el control de lecturas en el virreinato, a las mujeres casi todo se les prohíbe menos la abnegación, la esclavitud hogareña, la docilidad y la fe fanática. El estereotipo de la Sufrida Mujer Mexicana aparece en obediencia a las exigencias sociales y a la idea del "complemento servil o servicial del hombre". Esto explica el retraso en el uso de derechos (apenas en 1953 se concede el voto femenino) y, por ejemplo, la resistencia caciquil a la despenalización del aborto, a sabiendas de los daños físicos y psíquicos provocados a cientos de miles de mujeres al año, y de la inmensa hipocresía que esto origina. La marginalidad de las mujeres es el prerequisite del desarrollo económico, la economía familiar y la superioridad teatral del machismo.

Hasta hace pocos años el modelo de Mexicano Ideal es el criollo (de preferencia) o el mestizo lo más emblanquecido que se pueda. Debe ser ostensiblemente católico, de vida familiar austera (con licencias), profesionista, nacionalista a sus horas, americanizado lo suficiente para que no se le considere naco. Si se burla en lo privado del gobierno y del PRI, también les atribuye la estabilidad y la sujeción de las masas bárbaras; si acepta vías heterodoxas de movilidad social, son las de su clase: las del espectáculo y el deporte. Es machista, clasista, homófobo y racista, y está convencido: la culpa de la pobreza la tienen los pobres por flojos y los indios por no renunciar a sus tradiciones. México, afirma, es un país de oportunidades, y sólo las desaprovechan los carentes de disciplina, de relaciones adecuadas y de personalidad. Y, concluye, en gran escala la corrupción resulta tolerable, por fomentar la economía.

A los expulsados de la prosperidad se les demanda que se avergüencen de su condición, lo que por lo común sucede. La fuerza del sistema se ejemplifica en el acatamiento que obtiene de sus víctimas. Sólo en años recientes esto comienza a variar, la uniformidad se resquebraja y se cuestionan crecientemente las razones de ser de la marginalidad, así el enfrentamiento a la victimización apenas disponga de aparatos teóricos, sea irregular y voluntariosa, y en muchos casos diste de transformarse en movimientos de alcance nacional. Sin embargo, el

presupuesto básico es irrefutable: ya no se admiten los niveles de injusticia social, intolerancia, desigualdad y represión, y no se soporta la corrupción en las cúpulas que disemina obligada la corrupción en los demás sectores.

Los indígenas: las herencias de la desigualdad

Si algo aclara la rebelión de los indios de Chiapas, y constituye una de las grandes aportaciones del EZLN y del subcomandante Marcos, es el racismo devastador de México. Ser indio —es decir, pertenecer a comunidades que así se identifican a partir de prácticas endogámicas, idioma minoritario y costumbres— es participar de la perpetua desventaja, en la segregación que comienza por el aspecto. Quienes se oponen a la teoría de un país racista suelen alegar el éxito de personas con rasgos indígenas muy acusados, pero hoy ninguno de estos indios-a-simple-vista es secretario de estado, gobernador, empresario de primera, celebridad. En su novela *Invisible Man*, Ralph Ellison describe incomparablemente cómo, a ojos del sector dominante, el color de la piel borra la humanidad y la singularidad de las personas. Un negro es indistinguible de otro negro, porque los iguala el desprecio que se les profesa. Algo semejante, y más cruel todavía, sucede con los indios de México, circundados desde la Conquista por el rechazo múltiple: son bárbaros, en sus culturas no existe la maravilla de los libros (que la mayoría de los racistas no conocen), son idólatras aunque finjan catolicidad y son para siempre menores de edad. De acuerdo con este criterio no se les margina: han nacido fuera y su actitud pasiva sólo confirma su inferioridad.

El ser miembros de “la raza vencida” los anula como “seres con posibilidad de desarrollo”, y a esta maldición del racismo se añaden otras prisiones: la lengua “extraña” compartida por una minoría, la inermidad educativa, el arrinconamiento en zonas sujetas a la depredación ecológica, el alcoholismo, el caciquismo, las inevitables riñas internas, la incomunicación impuesta con el resto del país. Desde la Conquista, el sometimiento de los indígenas persiste con las variantes de algunas rebeliones y sus aplastamientos, y con el fatalismo de la marginalidad sacralizada por el gobierno. En 1948, Alfonso Caso, fundador del Instituto Nacional de Antropología e Historia y del Instituto

Nacional Indigenista, define con ligereza tautológica al sujeto de sus encomiendas:

Es indio todo individuo que se siente pertenecer a una comunidad indígena, y es una comunidad indígena aquella en que predominan elementos somáticos no europeos, que habla preferentemente una lengua indígena, que posee en su cultura material y espiritual elementos indígenas en fuerte proporción y que, por último, tiene un sentido social de comunidad aislada dentro de las otras comunidades que la rodean, que la hace distinguirse asimismo de los pueblos de blancos y mestizos.

Indio es el que vive dentro de lo indígena; así de preciso. El mestizo tiene en alguna proporción "elementos somáticos europeos", lo que, de acuerdo con esta argumentación, en algo lo redime. "Todavía se les nota lo indio, pero ya hablan un español reconocible". Y en el mundo indígena la miseria económica suele corresponderse con la degradación moral o como se le llame a la incesante bruma alcohólica, a la violencia orgánica en sus comunidades, a la brutalización de las mujeres en ámbitos cercanos al *apartheid*. Esta opresión deshumaniza, así los *ladinos* califican de plenamente voluntaria a la deshumanización: "Están así porque quieren".

Históricamente, una disculpa general del saqueo es la ridiculización de lo indígena. Además del clima social, el racismo dispone de la caricatura política del siglo XIX, de la construcción del estereotipo en la poesía y la narrativa, del choteo del habla de quienes no dominan *el castilla*, y, más tarde, de las parodias del teatro frívolo, la radio, el cine y la televisión. *El indio* es el ser sin vínculos suficientes o mínimos con la civilización, apartado de la Nación, trágico o patético, y divertido sólo en ocasiones y a pesar suyo. Para quienes lo contemplan sin verlo, sus tradiciones son mero pintoresquismo, y su apego a usos y costumbres, la oportunidad de comentar con sorna o preocupación el "primitivismo". La iglesia católica los absuelve, el guadalupanismo les ofrece el refugio de la fe, el estado los protege de modo lejano y el Instituto Nacional Indigenista (INI) es un equivalente adecuado del orfanatorio. A los "huérfanos de la civilización", se les "adopta" con desgano y sin responsabilidad.

El INI, "casa de cuna cultural", aporta algunos beneficios y garantiza en ese campo el desinterés extremo del gobierno que ya piensa cumplido su deber. Y la vida de los indígenas suele desenvolverse en condiciones infrahumanas, mientras los medios informativos se desinteresan sin recato y casi nunca registran los innúmeros asesinatos, las

violaciones de mujeres indígenas, el despojo constante de tierras y bosques. Son indios, acontecen fuera de la nación. Como ha demostrado Enrique Florescano, el despojo quiere justificarse con razones históricas, con la mitología opresiva que inicia Lucas Alamán, ahora tan de moda entre los conservadores *yuppies*. Según Alamán y sus descendientes, México no le debe nada al pasado indígena, y la sociedad mexicana ocurre sin mirar siquiera a sus valores. Se elimina del recuento, observa Florescano, "la participación decisiva de los indígenas y campesinos en los tres movimientos que cambiaron la historia moderna y contemporánea de la nación: Independencia, Reforma y Revolución". Según prueba Florescano, el estado "nacional" se ha opuesto por sistema a las reivindicaciones indígenas y ha buscado por todos los medios imponerles leyes violatorias de sus derechos más entrañables: les ha exigido renegar de sus lenguas, deponer su autonomía y, en suma, dejar de ser indios, pues les han obstruido el derecho a la propia identidad.

La marginalidad no se elimina por decreto, y a los indios, luego de hacerlos a un lado, se les castiga por su condición marginal. De allí la extraordinaria significación del EZLN, porque, como se reconoce de modo unánime, surge en una región donde el estado de derecho no existe y privan condiciones de semiesclavitud. En Chiapas el robo de ganado se penaliza más que el asesinato, y todavía en los años sesenta se utiliza la frase "gente de razón" para referirse a los no indígenas. Y entre las respuestas al levantamiento y al proceso de paz destacan las racistas, los funcionarios y periodistas televisivos que lamentan la falta de un desenlace sangriento en los primeros días de enero de 1994 ("A Carlos Salinas le tembló la mano", afirma el comentarista Sergio Sarmiento), o se extrañan de que los indígenas usen armas modernas en vez de arcos y flechas, o se azoran, como el abogado Ignacio Burgoa, al enterarse de que los indios son seres humanos.

Antes del EZLN, ya hay pruebas numerosas de la resistencia a la marginalidad en los sectores indígenas. La migración laboral a Estados Unidos impone una corriente modernizadora que confirma el uso creciente de la tecnología. Las numerosas conversiones al protestantismo denuncian la necesidad de nuevos comportamientos y de otro modo de pertenencia a la religión. La rebeldía notoria a los usos machistas exhibe la nueva mentalidad de las jóvenes indígenas. Y el zapatismo galvaniza los cambios.

*Los que nada tienen: "Pobre del pobre que al cielo
no va/ lo chingan aquí,/ lo chingan allá"*

La mayoría marginada lo es por razones económicas que se transforman en "cultura de la pobreza" y en fatalismo de la voluntad. Sin salida, y desde siempre, a los pobres se les convence de que no merecen otra suerte, y al alborozo de la resignación colabora muy eficazmente la iglesia católica. "Apréndete tu lugar." La miseria campesina es un interminable campo de batalla, que explica entre otras cosas su presencia decisiva en la revolución. Los pobres urbanos pasan inadvertidos, crean sus reservas de hacinamiento y tradiciones que serán el centro de la cultura popular de hoy. Y desde el principio a los pobres se les hace a un lado, al punto de que jamás forman parte del *Nosotros* de la nación. Los pobres son siempre lo de afuera, lo inhabilitado para la pertenencia. Cuando se dice "Nuestra responsabilidad con los pobres", inevitablemente se declara el monopolio de la nación, que atiende a los excluidos.

La marginalidad se puede vivir con alegría, y en las crónicas de vida popular en los siglos XIX y XX se filtra un ánimo carnavalesco. En las grandes festividades, en las fiestas familiares, en las vecindades, el júbilo ritual es el gran método compensatorio. Los pobres van al cine de modo tribal a enterarse del mundo; colman cantinas y cabarets; hacen de la canción su gran espejo autobiográfico; son patriotas y nacionalistas; asisten al teatro frívolo para crear ídolos que se desdoblán en claves del comportamiento; leen *comics* para abandonar el analfabetismo funcional y se ríen de los albures para ejercer el sentido del humor. De su gusto colectivo se aprovechará la industria del espectáculo que se acerca a lo ya ensalzado por la gleba: Cantinflas, Tin Tan, Pedro Infante, Ninón Sevilla.

El lépero, el pelado, el naco, son figuras legendarias que se convierten en referencias entrañables. Nada de lo que se diga en su contra les importa, y como toda minoría marginada, construyen su identidad con sus valores primordiales y con las agresiones que buscan caricaturizarlos. Así Cantinflas se inicia como parodia y muy pronto es alegoría de la pobreza. Y lo que les marca su situación canónica (la imposibilidad de ser prósperos) vuelve a ellos como destino esencial: "No intentes salir de tu lugar. Sólo allí, tienes sentido y lenguaje". En películas como *Los Fernández de Peralvillo* de Alejandro Galindo y en obras de teatro como *Los signos del Zodíaco* de Sergio Magaña, la noción determinista se implanta: nunca abandonarás la pobreza, nunca saldrás de esta vecindad. Y de allí

(y de la presencia de Pedro Infante y Blanca Estela Pavón) el fervor mítico de *Nosotros los pobres* y *Ustedes los ricos*, que pretenden, casi por vez primera, ver desde dentro, y como espectáculo gozoso, a la pobreza. Si el mayor pecado es querer salirse del ámbito natural, la mayor recompensa es quedarse allí, entre los suyos.

Para salir de la pobreza existen reconocidamente tres recursos: en el deporte, el boxeo y el fútbol *soccer*, desde luego, y a partir de los años ochenta, el narcotráfico.

La disidencia política: la marginalidad elegida

Entre los adversarios de la dictadura de Porfirio Díaz los más radicales son los que profesan el anarcosindicalismo. Su opción, muy distinta a la de liberales y conservadores, va más allá del cambio de régimen y se propone subvertir el orden imperante, implantando la justicia social. El compromiso con las ideas es absoluto, como lo refrenda en la cárcel Ricardo Flores Magón. Son lo inesperado: el radicalismo sin tregua.

Además de los españoles que se instalan en México a trabajar en imprentas, hay anarcosindicalistas entre obreros, panaderos, sastres, tipógrafos. Son incansables en su prédica y en sus protestas, y se educan a sí mismos con furia, para resarcirse del tiempo perdido. Leen y memorizan libros y folletos, componen versos lamentables y conmovedores, extreman la solidaridad y no le hurtan un minuto a la causa del proletariado. Su marginalidad es tanto más sincera cuanto que es voluntaria y surge de sueños revolucionarios de realización imposible.

A los anarquistas los suceden (y combaten) los comunistas y sus variantes, sólo diversificadas a fines de los sesenta cuando aparecen las corrientes maoístas. A diferencia de los anarcosindicalistas, los comunistas disponen del vigor político y cultural de un movimiento que valida la presencia de la URSS. "Que sea la raza humana soviét internacional." A semejanza de los anarquistas, pero con acento más agrio, los comunistas fabrican su *ghetto* de ideas e intenciones, regido por un autoritarismo feroz. A la vez generosos y despiadados, interiorizan sin tregua la mentalidad stalinista que todo lo sacrifica a la dirigencia y pervierte ideales y capacidades de entrega. Por ello, desdeñan su situación real (una minoría cuyo nombre se localiza en los ecos de la palabra *comunista* e incapaz de retener a sus militantes) en aras de los intereses del Kremlin y de la fantasmagoría de la revolución a la vuelta de la

esquina. Si no toman el poder, sí reconstruyen en sus ámbitos estrechos las presiones y tensiones del soviét idealizado. De allí la urgencia de cada una de las acciones, las expulsiones constantes, las exigencias de auto-crítica (sinónimo de autodegradación), las reuniones eternizadas donde la vehemencia sustituye a las acciones. Grupos pequeños sujetos a la partición infinita, los de izquierda compensan su escaso número con el celo militante y la fe religiosa que los transfigura en sentido estricto. En su caso, las visiones del ascenso del proletariado suplantando las visiones místicas y, por así decirlo, la represión policiaca es el martirio gratificado por el cielo de la Historia. De hecho, igualan la clandestinidad revolucionaria con las catacumbas de los primeros cristianos. Son, así se consideran, seres comunes y corrientes elevados y transformados por el espíritu bolchevique. Obreros, líderes campesinos, feministas inaugurales, profesionistas, abogados, médicos, artistas, poetas, los de la primera generación de comunistas se arraigan psicológicamente en el futuro que la URSS materializa y anhelan el espíritu proletario que los internacionalizará y redimirá al país. El inconveniente es que nunca se sabe bien a bien qué es "el ser proletario".

Viven literalmente en el *ghetto*. Se ven a diario, se pelean, se expulsan, se reconcilian. Algunos viven la clandestinidad, otros confunden anonimato y clandestinidad. Los unifica la renuncia a las oportunidades de sus respectivos medios. ¿Para qué ascender en la sociedad que se derrumba si la revolución viene? Para ellos, el fin del capitalismo (su "apocalipsis positivo") es el preámbulo del génesis auténtico de la humanidad, el nacimiento del socialismo. La persecución del gobierno, la indiferencia de la mayoría, la imposibilidad de competir con la Revolución Mexicana, el dogma de los soviéticos, todo el conjunto de la izquierda política de la época, desembocan en el sectarismo, en el espionaje de comportamientos de los camaradas, en la incomprensión ante los éxitos capitalistas. En ellos el sectarismo refuerza y amplía la marginalidad.

El dogma encapsula la visión del mundo y la ajusta al empequeñecimiento de los grandes temas y al agigantamiento de lo insignificante o anecdótico. Y entre los comunistas y los miembros de los otros grupúsculos se da la cacería de "los rasgos pequeño-burgueses" en uno mismo o en los camaradas. La disciplina férrea es vertiente de las ilusiones del poder, y el lado expiatorio de la militancia será la desdicha de tres generaciones, que todavía repercute, terriblemente, en el expe-

rimento de la guerrilla de los setenta, tan cruelmente devastada y tan cruel ella misma. Si se quieren descripciones afinadas de esos climas de exasperación stalinista, léanse *Los días terrenales* y *Los errores* de José Revueltas, y *Tintísima* de Elena Poniatowska. En ese ámbito, en la infinita reunión de célula, el individuo no es nada, si acaso brizna sentimental y pequeño-burguesa cuya significación proviene de *el Partido*, el único Partido concebible, el del rumbo correcto de la Historia. El Partido Comunista exige la entrega de las ambiciones individuales, de la mentalidad titubeante, de los escrúpulos. De allí el frenesí de las expulsiones y de allí también casos como el de los conjurados para matar a Trotsky, entre ellos David Alfaro Siqueiros. Seamos justos: ésta es también la causa de resistencia sin límite al aparato represivo del gobierno, de generosidad auténtica, de preocupación por los derechos humanos y las causas fundamentales. Pero el stalinismo deshace las mejores intenciones y congela la buena voluntad.

La represión es furiosa. La policía hostiga, arresta, tortura, mata. El gobierno cesa a los comunistas de sus empleos, les genera la fama de *subversivos*, de profundamente anacrónicos. Antes que una amenaza, son una rareza y en la sociedad que busca normalizarse a toda costa, la rareza (lo que no se adapta) es la peor de las amenazas. Pero la persecución no evita el machismo y el maltrato a las camaradas (ver el testimonio de Benita Galeana). La sordidez marginal de los comunistas se llama sectarismo, denuncia del semejante.

Hasta 1978, cuando José López Portillo y Jesús Reyes Heróles consuman la Reforma Política, insuficiente pero ya dotada de espacios de legitimidad para la disidencia, los comunistas están fuera de todo, así en su santoral dispongan de figuras notables y acciones heroicas. Pero ya la marginalidad de la izquierda política ha perdido para entonces, y casi por completo, la coherencia interna. Las revelaciones sobre la monstruosidad del socialismo real deprimen y desalientan. "¿Para esto hemos luchado?" Sobreviven unos cuantos ortodoxos, y las deformaciones de la línea guerrillera que en los setenta se hunde en la lumpenización.

En 1988, con la emergencia de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, concluye la marginación política de la izquierda.

Los homosexuales: de lo indecible a lo inevitable

La ley no prohíbe la homosexualidad consensuada entre adultos. (Algo muy distinto sucede con la pederastía, altamente penada para heterosexuales y homosexuales.) Sin embargo, en un país con una monstruosa aplicación de la justicia, esto no le ha resultado problema a los intolerantes y a quienes santifican la norma reprimiendo a los “anormales”. Para ello se aprovechan de una expresión indefinida: “Faltas a la moral y las buenas costumbres”, frase exterminadora en la vida del México independiente que determina multas, arrestos por quince días o varios años, despidos, maltratos policíacos, chantajes, secuestros por parte de la ley, incluso envíos al penal de las Islas Marías. En su libro *La Isla* (1938), Judith Martínez Ortega, que va a las Islas Marías a trabajar como secretaria del director del penal, general Francisco J. Múgica, describe el “desfile desconcertante e interminable de asesinos, rateros, homosexuales, toxicómanos y prostitutas”. Judith narra una función teatral típica de los domingos en la noche:

La verdadera felicidad era para los homosexuales, cuya estancia en el Penal me ha parecido —por otra parte— siempre totalmente injustificada. Llegaban esmeradamente polveados, los ojos agrandados por el rímel, las bocas enrojecidas, lunares postizos y el pelo, generalmente largo, artísticamente peinado. Con sus camisas de seda descubriéndoles el pecho, sus pantalones exageradamente anchos y sus pañuelos llamativos anudados al cuello, eran los árbitros de la moda.

Yo gozaba observando su coquetería, las miradas incendiarias, los ademanes provocativos y certeros que usaban para la conquista.

¡Qué gama tan extensa! “La Rorra”, segura de sí misma, siempre bien vestida, siempre cortejada.

La “Santa”, despectiva, con sus bellísimos ojos, su innata distinción, su andar cadencioso...

“Flor de Loto”, aquel hombre extraordinario por su figura y su prestancia, que, realmente, era un “cinturita”.

La “Ramona”, un verdadero esperpento, fingiendo siempre enfermedades netamente femeninas.

“Rosa”, “La Mariposa”, “Pola Negri”, la “Lagartija”, “Luisa”, la “Lupana”...

En la historia de México a los homosexuales se les ha quemado vivos, se les ha hecho objeto de linchamientos morales sistemáticos, expulsado de sus familias y (con frecuencia) de sus empleos, encarcelado, deserrado de sus lugares de origen, exhibido sin conmiseración alguna, excomulgado, asesinado con saña por el solo delito de su orientación

sexual. El siglo XX, nada más “por ser lo que son y como son”, les ha depa-
rado, además del vandalismo judicial, razzias, extorsiones, golpizas, muer-
tes a puñaladas, asesinatos, choteos rituales, trato inmisericorde. No hay
respeto ni tolerancia para los jotos, maricones, putos, afeminados, lilos,
larailos, raritos, invertidos, sodomitas, tú-la-trais, piritipis, puñales,
mariposones, mujercitos. Al tanto del eterno descrédito moral de “las lo-
cas”, la sociedad los repudia de modo absoluto hasta fechas muy recien-
tes, y aún hoy mantiene el énfasis de la filantropía. “Que hagan lo que
quieran mientras no lo hagan en público y no se metan conmigo”.

Para los homosexuales, su espacio ha sido *El Ambiente, el ghetto* (la
sociedad por ellos constituida, sin otras reglas que el ligue constante y
la creación de “familias gay” o núcleos amistosos), y la táctica defensi-
va ha sido *el clóset*, la fuga de la identidad a través del ocultamiento. El
motivo es evidente: “Si saben lo que soy, me tratarán como si todavía
fuera menos de lo que soy”.

Las injusticias severísimas y el sorteo de recompensas del clasismo
se aplican también a los homosexuales. Por más sujetos que estén a la
chacota y el hostigamiento, los ricos y las familias se las arreglan para
suavizar la condena. Tal posibilidad decrece entre la gente de clases
medias (los más numerosos), y se anula en la tribu de los muy obvios,
los afeminados pobres, los travestis, los “jotos de tortería y burdel”.
Pero todos los subgrupos del mundo homosexual comparten el acoso y
la duda inmensa: “¿Cómo me verán realmente los que no son como yo,
así se trate de mis padres, mis hermanos, mis amigos cercanos? ¿Cómo
me juzgan los que no aceptan mi manera de ser?”

El dinero, siempre, arma sus leyes de excepción. En la primera
mitad del siglo, por ejemplo, los homosexuales *de posibles* son rentistas,
modistos, decoradores de interiores, funcionarios técnicos, dueños de
restaurantes y bares, profesionistas distinguidos, anticuarios, arquitectos,
artistas. Se mueven en ámbitos reducidos, atentos a las conven-
ciones del *ghetto*, entre ellas el habla ridiculizadora del semejante y la
crisis permanente de aceptación. También, el afeminamiento es un re-
quisito de sobrevivencia. “Que se note con claridad lo que somos para
que nunca se llamen a sorpresa”. Por lo común viven en la capital y
viajan, regularmente a Europa, a Nueva York. Algunos de esta élite no
verbalizan jamás su predilección. Les resulta muy alto el costo de per-
tener a los condenados.

Sobre los de medianos ingresos desciende el halo del chismerío,
pero si no los delata su apariencia, la pasan razonablemente bien. Son

marginados que se asilan en los rincones de la aceptación. Y el infierno se desata sobre los habitantes de pueblos y ciudades pequeñas, casi inevitablemente muy obvios. Por eso, si los homosexuales se dirigen a la ciudad de México es con tal de escapar de la ubicación trituradora. "Aquí a la vuelta vive un rarito." En provincia, se exacerbaban el libidismo y la hostilidad hacia los imposibilitados de fingimiento, y para quienes los tratan o los ven, un *desviado* es la oportunidad de sentirse inmediatamente superior. Se les clasifica como anomalías y se les somete a vejaciones inacabables.

¿Quién les manda renunciar a la virilidad? La visibilidad a su alcance sólo se da a través del escándalo, y el escándalo se concentra en quienes por su talento y su movilidad social (artistas, escritores, algunos funcionarios "solterones") pueden darse el lujo de sobrellevar el halo de las murmuraciones.

El estigma es triturador, y para asimilarlo o, más concretamente, para no perder del todo la razón, se requiere en la primera mitad del siglo XX, la interiorización del cerco de odio, manifiesta en el acatamiento a las reglas de juego impuestas por el prejuicio. Un homosexual *debe ser* afeminado, un homosexual *debe* odiarse a sí mismo y a todos los que son como él, un homosexual *debe ser* y *debe* parecer frágil, un homosexual *debe* aficionarse a todo lo no viril, para empezar las artes (el ejemplo de los Opera Queens, y los fans de las divas de Hollywood). Por su cuenta, los homosexuales aportan el ingenio (arma defensiva) y la rapidez para crear y captar la moda.

No importa la posición, el talento, la honorabilidad. Ante la policía o ante la maledicencia, el homosexual pierde su identidad personal y se vuelve el marginal repugnante. De allí la necesidad del clóset, el número de los que se casan, de los que se psicoanalizan, de los que radicalizan su religiosidad para pedirle a Dios el milagro de la cura. Como en la frase de Sartre, el infierno son los demás, pero, también, el infierno se adentra. Así, la ausencia de derechos civiles y humanos potencia las sensaciones de inexistencia. "No somos nada, salvo cuando no se sabe o se olvida lo que somos." Por eso, la ausencia de reacciones ante hechos de la trascendencia del Informe Kinsey (1948) tan reorientador de la idea de homosexualidad. Si uno de cada veinte es homosexual, el número es un dique contra las sensaciones de pecado y minusvalía.

México es un país formalmente laico, y la Constitución arrincona las pretensiones clericales. Pero los gobernantes, con escasas excepcio-

nes, no se evaden del tradicionalismo en asuntos de vida cotidiana, y liberales, conservadores e izquierdistas dan por sentado la monstruosidad de la "traición a la Naturaleza". Hasta el Código Penal llega la marcha de la cultura judeo-cristiana. Y a todos les resulta *normal* —nadie los defiende, nadie protesta— el envío de los homosexuales a la cárcel, su victimación con saña ("Es un crimen típico de homosexuales", afirma la prensa y las autoridades policiacas en vez de señalar "Es un crimen típico contra homosexuales"). A cada homosexual asesinado, suceden los arrestos de sus amigos y la impunidad del criminal. Las redadas son lo procedente, así destruyan vidas y provoquen crisis familiares. El vejamen intenso da por resultado psicologías torturadas y, luego con alegría, se declara que las psicologías torturadas son responsabilidad exclusiva del deseo homosexual. Nadie sale del clóset si puede evitarlo, porque este martirio no conduce a beatificación alguna.

Los chicos de la banda

En 1969, en Nueva York, la resistencia de un grupo sometido a una redada en el bar Stonewall da por resultado la aparición del movimiento pro derechos homosexuales. En México esto al principio no produce respuesta alguna, pero ya para 1971, la dramaturga y directora de teatro Nancy Cárdenas convoca a las primeras reuniones de concientización. En ese año, dos jóvenes cesados en Sears por ser "pervertidos" le ponen pleito a la empresa. En 1974 se publica el primer manifiesto en contra de las redadas de homosexuales, firmado por el sector intelectual. En 1978, en la marcha que conmemora los diez años de la matanza de Tlatelolco, participa por vez primera un contingente homosexual de cerca de doscientas personas. La recepción, si no estrictamente amable, no es hostil. Surgen dos grupos: el FHAR y Lambda. En 1979 se inicia, en consonancia con Stonewall, las marchas del Orgullo Homosexual, y en 1980 se da la más numerosa: cinco mil asistentes.

Son poderosísimos los efectos de un cambio semántico. Ser *gay* es asunto muy distinto no sólo a ser *joto* y maricón, sino a ser *homosexual*, término de connotaciones médicas y judiciales. La palabra *gay* introduce criterios de modernidad y tolerancia, vincula a una comunidad internacional, se desentiende de los siglos de aborrecimiento y prejuicio, admite la fácil adaptación a la revolución sexual de Norteamérica. También, el poder adquisitivo cuenta, y ya los "lugares de ambiente" no

son forzosamente sitios de redada. Marginal a este proceso de marginalidad, se desborda el travestismo en los campos de la prostitución y el espectáculo. Pese a los avances, es muy lento el proceso de incorporación a los derechos políticos. Quienes se saben poseedores de un tan conspicuo "talón de Aquiles", optan por no distinguirse en la protesta. Mucha de la frivolidad y la indiferencia del medio *gay* se debe a la certeza de la inexistencia de derechos.

La tragedia y la humanización

En 1985 se acepta al fin la existencia del sida. Antes todo ha consistido en rumores, alarmismo, frenesí de miedos a propósito del "cáncer rosa". Rock Hudson se declara enfermo y muere poco después, y la pandemia resulta inocultable. En Nueva York una pareja se lanza desde el Empire State y en México, en el Centro Médico, se ahorca un joven hartado de malos tratos. A la comunidad más afectada se le sataniza sin tregua. "No coma cerca de un *gay*. Puede contagiarse", reza un anuncio pegado en las calles. El nuncio papal Girolamo Prigione califica al sida de "castigo de Dios". En muchas empresas se hacen pruebas obligatorias de detección del sida y a los seropositivos se les da media hora para abandonar definitivamente su puesto. La Secretaría de Salud se niega a las campañas dirigidas específicamente a los *gays*. El supuesto casi explícito de este rechazo es de índole moral: el estado no puede ni debe reconocer la existencia de la perversión (a fines de 1997 tiene lugar la primera campaña de prevención con los *gays* como destinatarios).

Son años de tensión, de tragedias, de familias que expulsan al enfermo, de infecciones masivas por descuido en los bancos de sangre, de maltrato en hospitales, de incapacidad médica. A los motivos de los crímenes de odio contra los homosexuales se añade el pánico ante el sida. Un adolescente en Ciudad Neza asesina a un cura porque "trató de contagiarme el sida". Muchísimos se infectan por falta de información y en la televisión privada los anuncios de condones se reducen al mínimo, mientras se silencia la información sobre la enfermedad. La iglesia católica y sus grupúsculos se oponen a las campañas preventivas y acometen el "linchamiento moral" del condón.

Nunca antes un "administrador" (expresión del arzobispo Norberto Rivera) concentra tanta inquina. El nuncio Prigione lo llama "instrumento del que arrastra a los jóvenes por el lodo". Se busca llamarlo

“preservativo”, palabra que a los tradicionalistas les resulta menos hiriente. En el fondo, se abomina de la existencia misma del sexo y se glorifica la abstinencia forzada. “La única respuesta al sida es la castidad”, se insiste. En Monterrey, el gobernador de Nuevo León, Jorge Treviño, retira un gran anuncio de condones “porque puede lastimar las mentes de los niños pequeños”. No es infrecuente que los vecinos expulsen de sus departamentos a los enfermos de sida, y no son frecuentes en los hospitales medicinas eficaces, diagnósticos adecuados, respeto por los enfermos. En provincia el problema se agudiza por la adecuación perfecta entre prejuicios y desinformación médica. Y crece el número de infecciones entre las mujeres de los trabajadores migratorios.

Hay respuestas, insuficientes pero generosas. Persisten los grupos de activistas antisida en la ciudad de México y en Oaxaca, Aguascalientes, Monterrey, Guadalajara, Querétaro, etcétera. Los escollos son inmensos pero la tolerancia avanza. Con la información planetaria sobre el sida y la *otra* sexualidad, con las abundantes películas y novelas sobre el tema, con las grandes marchas en Washington, Nueva York, San Francisco, Londres y Sidney, la homofobia pierde su posibilidad de aterrar con el uso de sombras perversas. Quienes van a morir o se sienten en grave riesgo, se desentienden del Qué Dirán. Y la liberación psicológica es muy significativa. La marginalidad persiste, pero ya aprovechada industrialmente, con red de bares y restaurantes y comercios. Y la gran novedad, pese a proezas científicas como la tri-terapia, es el cambio de centro de la vida *gay*, ocupado se admita o no por la pandemia.

Los protestantes: “A Dios sólo se le adora de un modo”

Como los miembros de las otras minorías, los protestantes o evangélicos también son excluidos múltiples. En este caso, de la identidad nacional, del respeto y la indiferencia de los vecinos, de la solidaridad. No se reconoce su integración al país en lo cultural, lo político y lo social, y en ningún momento la intolerancia ejercida en su contra provoca reacciones de protesta. A fines del siglo XIX se inicia la presencia del protestantismo y los conversos de los inicios viven el alborozo de una fe que les cambia literalmente la vida, les da acceso al libre examen y los aparta de lo que, a su juicio, es fanatismo. Se les mira con enorme recelo y se les persigue, obligándolos a concentrarse en las grandes ciudades.

Ya en las primeras décadas del siglo XX se han instalado en México las principales denominaciones de Norteamérica, y comienzan los grupos nativos, de raigambre pentecostal. Son presbiterianos, metodistas, bautistas, nazarenos, congregacionales. A fines de los veinte comienza la ola pentecostal con su énfasis en la experiencia religiosa directa y en la emoción del creyente. La intolerancia se acrecienta en la medida del crecimiento del protestantismo pero es una intolerancia, por así decirlo, espontánea. A principios de los cincuenta se produce una campaña de proporciones amplias, orquestada por el arzobispo Luis María Martínez, que ordena frenar "el avance del protestantismo". Don Luis María parece hombre de bien, cuenta chistes levemente audaces, bendice todos los edificios nuevos y es miembro de la Academia de la Lengua. También es un cruzado de la fe, y contempla sin remordimiento alguno la cacería de herejes.

A nadie, como es habitual, parece importarles la intolerancia. Si los persiguen es porque se la buscaron. Una excepción: el gran escritor Martín Luis Guzmán, director del semanario *Tiempo*. En portada, *Tiempo* declara: "Contra el Evangelio, la iglesia católica practica el genocidio". Nadie más protesta, y es considerable la lista de crímenes y agravios: comunidades expulsadas de sus pueblos, templos quemados, pastores asesinados a machetazos o arrastrados a cabeza de silla, pedrizas diarias a los templos. Los jerarcas católicos sonríen.

En las ciudades la marginalidad es social y cultural, en los pueblos no tiene fisuras. Como son los más pobres son los más vejados, y los pentecostales sobre todo la pasan peor. Son "aleluyas", gritones del falso Señor. No hay hábito de respetar y *entender* la diferencia. ¿Cuál sería la tradición al respecto? La sociedad cerrada de una nación aislacionista no conoce de matices, el rechazo va del humor de exterminio a la desconfianza imborrable. Así, un chiste típico: el padre se entera de la profesión *non sancta* de la hija, y se enfurece amenazándola con expulsarla de la casa. "¡Hija maldita! Dime otra vez lo que eres para que maldiga a mi destino/ Papá, soy prostituta". Suspiro de alivio y dulcificación del rostro paterno. "¿Prostituta? Ah, bueno, yo creía que habías dicho *protestante*".

A los protestantes los rodea el clima de incompreensión y señalamiento: "Es muy buena persona pero.../ Sí, hijo, ve a su casa pero que no traten de quitarte tu fe". Los letreros expulsan de antemano. "En esta casa somos católicos y no aceptamos propaganda protestante." Lo

más inadmisibles es el fenómeno de la conversión. Eso es tanto como aceptar el salto de mentalidad de Saulo de Tarso cuando lo habitual ha sido el elogio de la disponibilidad de Juan Diego. Y las condenas se aglomeran. Los protestantes son "antimexicanos, agentes de la codicia de almas de Norteamérica, destructores de la unidad nacional". Y en el ultraje coinciden la furia del fundamentalismo católico y el homenaje de funcionarios del gobierno a su pasado parroquial.

La marginalidad religiosa sigue siendo un continente inexplorado. Así por ejemplo, para convertir a México en el país abrumadoramente católico de la publicidad los obispos se han desentendido de la gran carga "pagana" (la recurrencia de los ritos indígenas prehispánicos), y de los cientos de miles de adeptos del Espiritualismo Trinitario Mariano, al espiritismo, a las variedades esotéricas. Y hasta hace unos años tenía éxito la presión por la uniformidad, tanto que en un momento dado el protestantismo parecía condenado al estancamiento, a ser tan sólo la minoría sintomática de una etapa de la americanización del país. A mitades del siglo en la capital y en las ciudades grandes, los protestantes pasan de amenaza a pintoresquismo: las familias que los domingos se movilizan con sus himnarios y biblias, la gente piadosa, por lo general confiable y excéntrica ¿A quién se le ocurre tener otra religión si ya ni siquiera la fe de nuestros padres es muy practicable? La vida social asimila a los deseosos de oportunidades de ascenso, que prefieren casarse por el rito católico, y ya en los setenta, la intolerancia triunfa y se prohíben las actividades del Instituto Lingüístico de Verano, organismo responsable de la traducción de porciones de la Biblia a lenguas indígenas. Para deshacerse del ILV se alían los obispos y los antropólogos marxistas que, sin prueba alguna, lo califican de "avanzada de la CIA", "instrumento de la desunión de los mexicanos", etcétera.

Nadie se lo esperaba: en los años setenta sobreviene la fiebre de la conversión masiva al protestantismo. Al éxodo de ritos y conversiones lo motivan la necesidad de integrarse a una comunidad genuina, las revelaciones individuales del libre examen de la Biblia, el deseo de cambio personal, la urgencia de las mujeres indígenas, requeridas de que sus maridos abandonen el alcoholismo y la vida disipada. Sobre todo en el sureste del país se masifica la conversión y, en correspondencia, los obispos católicos lanzan una campana de odio contra las "sectas", calificadas doblemente por el nuncio papal Prigione de "moscas": en Chiapas se expulsa a los protestantes de varias comunidades, en especial de San

Juan Chamula (35 000 desplazados). A las campañas antiprotestantes se unen las diatribas contra el *New Age*, "doctrina diabólica". Pero el avance del protestantismo no se detiene, ni tampoco el de los grupos paraprotestantes (mormones o Santos de los Últimos Días. Testigos de Jehová. Adventistas del Séptimo Día). En todo el país se expanden los grupos pentecostales y lo que parecía inmovilizado anima con fuerza a la diversificación. A lo largo de un siglo la propaganda católica insistió en su gran argumento contra el protestantismo: "Varías, luego mientes", pero en un país plural esta razón ya no es suficiente.

Marginal respecto a qué

El México de fines de siglo es, en relación al de sus principios, una entidad irreconocible y un mundo heredero fiel en lo esencial. Hay pluralidad, las tesis del feminismo han penetrado en la sociedad, la libertad de expresión redefine las causas al normalizar su presencia, lo "aberrante" pasa con frecuencia a ser "lo minoritario" (lo aberrante que permanece lo define el Código Penal, no las costumbres), y la derecha política acepta ya en algunas regiones lo inaplicable del término "faltas a la moral y las buenas costumbres" (¿Quién, fuera de las leyes, define a la moral, y cuáles son hoy las buenas costumbres?).

También la derecha y el clero católico, en su lucha obcecada contra toda diversidad, insisten en reprobar las libertades corporales (incluido el uso de la ropa "provocativa"), se oponen con rencor a la despenalización del aborto, se obstinan en las campañas de desprestigio contra "las sectas", reafirman la idea de La Sociedad que desprecia a los exiliados de la norma. La pandemia del sida convoca a lo mejor y lo peor de las actitudes sociales, y lo mismo pone de relieve a jóvenes altruistas, seropositivos y enfermos muchos de ellos, que se esfuerzan por difundir las medidas preventivas y apoyar a los enfermos, que a clérigos enemigos del condón y a cruzados de la Contrarreforma. La batalla cultural contra la intolerancia es uno de los hechos fundamentales del proceso civilizatorio del país.

En este proceso, las mujeres, las marginadas dentro de la marginalidad, avanzan de modo desigual. No es lo mismo la situación de las indígenas, sojuzgadas bajo el peso idolátrico de los usos y costumbres, que la de las universitarias convencidas de su derecho al empleo, al trato igual entre los sexos, al análisis de las estrategias del machismo. Y

son capítulos de la resistencia a la marginalidad las jóvenes zapotecas que se niegan a usar a diario sus trajes típicos y retan a los hombres exigiéndoles que si eso quieren ellos también los lleven, y las jóvenes de las colonias populares que se organizan para detener a un violador y entregarlo a las autoridades. En el orden cultural el concepto de marginalidad se modifica a diario, y nuevos conceptos iluminan nuevos paisajes mentales, por ejemplo *violencia intrafamiliar*, *homofobia*, *sexismo*, *gay*. Tristemente, en el orden económico la marginalidad se ahonda mutilando la vida de las generaciones despojadas minuciosamente de sus derechos a una vida digna.

Basta observar la resistencia del gobierno y de una parte de la sociedad a los Acuerdos de San Andrés Larráinzar, para captar la densidad del racismo y de la tradición que, sin la marginalidad de la mayoría no goza al máximo sus inmensos privilegios. Quienes han fomentado los espacios marginales se rehúsan a su desaparición. De allí la importancia extrema del enfrentamiento a la desigualdad económica, social, moral y cultural. Hoy, la única marginalidad exigible es la de la delincuencia, la intolerancia y la riqueza siempre inexplicable.